

La transformación del hombre contemporáneo: de la libertad a la indiferencia

Pedro Francisco GAGO GUERRERO

Narcisista ⁽¹⁾, hedonista, individualista, escéptico, materialista, ecléctico, consumista... tales podrían ser los rasgos que con preferencia se han considerado que conforman la personalidad del hombre actual ⁽²⁾. Acerca del mismo se han producido todo género de especulaciones; por ejemplo querer conocer cuáles han sido los elementos que le han influido hasta llegar a constituir su peculiar ser, examinar sus virtudes y defectos, etc. El panorama que podría analizarse en principio es muy amplio, por lo que nuestro estudio se centrará en una exposición sucinta de algunas de las líneas de identidad de la persona en nuestra era, aspirando a desvelar aquellos aspectos que más han influido en la formación de su ser histórico.

Los sistemas y las ideologías

¿Son arquetipos de nuestra sociedad el narciso, el consumista, el indiferente? ⁽³⁾ Aparentemente, no. Pero atendiendo a la experiencia de la era del consumo masificado pudiera existir contradicción entre valores formales y valores reales, a juzgar por los comportamientos de los hombres, cada vez más apartados de los valores permanentes. Incluso cabe decir que en ocasiones son los contravalores los que ponen en marcha la historia social. Existen pruebas de que los principios que se han puesto en práctica para encauzar el camino social e individual conducen a la degeneración social ⁽⁴⁾.

El desarrollo histórico que ha creado un ser de tan especiales rasgos como es el hombre actual resulta muy complicado. En esa evolución encuéntrase tal cantidad de ideas, de variables, de antinomias, que es imposible extraer con toda nitidez las partes que en puridad pertenecen a cada cual. Por eso nos limitaremos a analizar los tres procesos que más han influido en la gestación del hombre actual:

1) El que procede del pragmatismo y del idealismo. A través de la combinación del capitalismo y del liberalismo, convergen el interés personal con el deseo por acrecentar la libertad y la justicia con la extensión del bienestar. Desde sus comienzos ambos sistemas evolucionaban abriendo poco a poco sus estructuras, con lo que aumentaba el número de los beneficiados de los derechos. Los sistemas implantados conseguirían uno de sus más grandes éxitos: la paulatina incorporación de la mayoría de los ciudadanos a las nuevas posibilidades que se ofrecían ⁽⁵⁾.

2) Otro proceso es el que surge de la influencia doctrinal y práctica de las ideologías de salvación ⁽⁶⁾.

Las ideologías de salvación ⁽⁷⁾ han surgido en los estados más febriles de la humanidad, aprovechándose al principio de la debilidad del nuevo sistema para llevar a la práctica sus exigencias. Ha resultado ser un movimiento que utilizó todo el anterior impulso económico, político, filosófico, etc., que creó un nuevo sistema. El movimiento colectivista empezó a ser importante por las posibilidades que

poseía para reformar las estructuras y cambiar en parte su propia substancia ⁽⁸⁾.

Así pues, el camino de la esperanza irrealizable, de la aspiración igualitaria, y de otros intereses menos nobles, originó una evolución histórica, contra y dentro del sistema capitalista, que ha marcado al hombre de nuestro siglo.

3) Por último, el proceso democrático ⁽⁹⁾ que se planteó en una doble vertiente: el de la democracia política, y la democracia social, traducida en igualitarismo. Por influencia del izquierdismo y de las medidas antipolíticas se ha ido imponiendo la democracia social ⁽¹⁰⁾. En cambio, la democracia política se ha ido incorporando con más o menos éxito en los diferentes países desarrollados, sufriendo desde hace tiempo una involución que ha estado originando consecuencias negativas para los ciudadanos ⁽¹¹⁾.

Cambio de estructuras y nuevos valores

El capitalismo posee unos principios que se han puesto en práctica con más o menos éxito en las sociedades desarrolladas: uno de ellos es el trabajo. Para que haya evolución económica es preciso crear en las personas un racionalizado y sistemático espíritu de trabajo ⁽¹²⁾. Otro principio: la búsqueda del beneficio, que consiste en conseguir que los hombres realicen un esfuerzo sostenido proyectado en gran parte de su existencia ⁽¹³⁾; y finalmente no se puede

olvidar la libertad económica, "cauce fundamental del desarrollo económico y del bienestar" (14).

El liberalismo también exponía al propio tiempo sus valores. El más importante, el de la libertad en sus múltiples manifestaciones: económica, política, religiosa, de pensamiento, etc (15). También, la igualdad jurídica, la consideración de que todas las personas merecen ser aceptadas dentro del concepto de la dignidad como ser humano (16), y la propiedad, en términos de libre y absoluta (17). Estos valores entroncarán con los del capitalismo, y de su relación saldrá la posibilidad de la conjunción del sistema económico y del sistema político-social.

En términos generales los principios liberales no entran en confrontación con el espíritu del capitalismo; al contrario, entroncan con él y en muchas ocasiones participan de sus objetivos, haciendo posible que la común orientación resulte beneficiosa para los hombres. Por ello surge "la riqueza de las naciones", la libertad para el hombre y el desarrollo de sus capacidades sociales, políticas y económicas.

El problema se planteó cuando se quiso que los valores sirvieran además para incentivar al hombre, a fin de aumentar sus oportunidades de trabajo, consumo, etc., mejorar sus relaciones comunitarias, aumentar la libertad, la solidaridad y cualesquiera de los actos que puedan beneficiar las relaciones comunitarias y les induzcan a actuar desinteresadamente. Por ejemplo, los comportamientos que enaltecen y elevan a la categoría

superior lo humano en tanto que persona moral.

También era previsible que se produjeran desajustes, no tanto por la convivencia de los valores del capitalismo con los del liberalismo y los valores imperantes basados en la moral cristiana, como por la dificultad de poner conjuntamente en práctica los valores teóricos. Parece probable que por ello hayan brotado parte de las actuales contradicciones de nuestra sociedad, a la que también hay que sumar la propia actuación del Estado social.

El capitalismo ha incentivado las conductas para sacar un beneficio material sin poner trabas morales (18). Aunque la competencia se organice y se enmarque en unas leyes —no sólo las del mercado— no obstante su principio fundamental es la búsqueda del beneficio, y su objetivo tiene que ser el de acrecentar la propiedad, la riqueza (19). El desinterés no forma parte de sus principios. Si este comportamiento se generalizara obstaculizaría el desarrollo (20). Ahora bien, a este sistema económico se le debe la solución de gran cantidad de problemas económicos y sociales. Ha elevado el nivel de vida de las masas, reduciendo los niveles de pobreza y, por consiguiente, las injusticias económicas. Se impone por su utilidad. Pero se pensaba que era necesario crear otros mecanismos en los que pudiera orientarse la actividad y conseguir unas condiciones económicas conformes a criterios morales. Esa fue la pretensión del llamado socialismo de cátedra, es decir, moralizar la economía (21). No enten-

dieron que el capitalismo jamás podrá realizarse si se somete estrictamente a la moral, puesto que sus objetivos no son morales.

Existen aspectos concretos en el espíritu del capitalismo y en el liberalismo que resulta difícil compatibilizar. Por ejemplo, la tesis económica de Smith o de Ricardo con la ética kantiana. El celebre principio kantiano "haz que tu acción sea considerada válida universalmente" ⁽²²⁾, no es nada fácil asociar al planteamiento capitalista del impulso egoísta. La despreocupación por uno mismo y la preocupación por los demás no forma parte de la teoría del capitalismo, al basarse en el esfuerzo egoísta y en la envidia ⁽²³⁾ como condición del desarrollo económico. Qué complicado ha de ser compaginar el comportamiento egoísta de la actividad económica con el comportamiento solidario cuando se sale de ella. En la actividad económica todo debe ser competencia, fuera de ella se impondría la solidaridad, tratándose de plasmar el universo moral. Aunque cabe la compatibilidad teórica, conjuntar prácticamente egoísmo y solidaridad, muestra a priori una gran dificultad. Sería natural que surgiera una tensión entre ambos que aumentaría por el cansancio histórico resultante de la misma, acabando presumiblemente por imponerse el principio egoísta, si otros factores no propician la relación solidaria. Además, todo valor de carácter ético o moral que no tenga una base religiosa se presentará vacío de contenido, puesto que cuando uno es juez de sí mismo el propio interés impone la subjetividad y

se fomenta la justificación de cualquier acción.

El problema radica en el carácter utilitario del espíritu capitalista, lleve o no influencia protestante ⁽²⁴⁾. El principio económico resulta ser: haz que tu acción sea válida para tí y, si además beneficia a la sociedad en que vives, mejor ⁽²⁵⁾. Es decir, ante todo, la búsqueda del beneficio propio; no hay que preocuparse por la sociedad ni por la nación, "la mano invisible" se encargará de ello. Inferir por eso que el que opte por actuar conforme a las leyes económicas se va a preocupar también de someterlo a criterios morales, pecaría de ingenuidad. Ni siquiera la fe sentimental puede servir, excepto quizá para descargar algunas emociones y para justificar otras acciones poco o nada humanitarias.

El complemento a la búsqueda del beneficio del "enriqueceos" no es la moral privada, sino la moral trascendente con conciencia religiosa. Este es el único límite posible a las ambiciones que propugna el espíritu capitalista. Porque el interés personal no busca siempre la justicia, aunque se apoye en la moral kantiana. Toda conciencia debe contar, aparte del juicio propio, con el juicio vigilante del ser trascendente al que se debe dar cuenta de los actos. La observancia no sólo se impone por miedo, sino por la recompensa futura. De este modo se le da el verdadero valor a la vida del más acá, que nunca será absoluta. Cuando la conducta se atiene estrictamente a la moral, cuando las acciones tienen un fondo trascendente, la recompensa que se obtiene es mucho

menor que los posibles premios que habrán de conseguirse adecuando la conducta a los intereses estrictamente económicos. En cuanto al concepto de felicidad ⁽²⁶⁾, que tan sólidamente se ha asentado en la mentalidad social, qué poco valor tendrá la actuación desinteresada analizándolo desde la óptica materialista; la recompensa es pequeña y el valor social escaso en cuanto que se compara a los premios obtenidos en actitud económicamente egoísta, como son la comodidad, la consideración social. Por eso no es extraño que los planteamientos morales hayan sucumbido ante los principios de utilidad económica. Y no olvidemos que el primitivo liberalismo conceptuaba la felicidad igual a la riqueza, porque no existía otra forma para cuantificar la felicidad ⁽²⁷⁾.

Con estas perspectivas tan contradictorias, con un vacío de contenido esencial, es fácil prever que en el devenir histórico acabarían por oscurecerse los impulsos más nobles y humanitarios sustituyéndose, en gran parte, por las conductas egoístas. Cuando el interés va asociado a la posesión y ésta al dinero, se termina dando culto a éste por encima de cualquier valor.

Las bases con las que partió la nueva sociedad creaban unas motivaciones, en parte de ella, que repercutían de modo muy favorable en el desarrollo económico y conseguían extender el bienestar a un sector de la población, si bien, como se ha escrito, la poca substancia de las bases humanitarias no presagiaban la extensión de los efectos solidarios y huma-

nitarios. Curiosamente habrá de ser en los momentos más difíciles y dramáticos cuando aparecerán los mayores sacrificios y las acciones más nobles. No puede negarse que muchas veces se actuó desinteresadamente bajo motivación filantrópica, pero sería la actuación basada en los fundamentos religiosos y morales la que produjese los efectos más nobles.

La nueva estructura económica comenzó a dar muy buenos resultados, si bien para gran parte de la sociedad no se veían los beneficios reales durante un largo período de tiempo. Esto más que injusto era lógico, puesto que el propio carácter de la evolución económica hacía inviable que la sociedad entera pudiera penetrar en un grado óptimo en las nuevas estructuras ⁽²⁸⁾. Pero la grandeza de la nueva sociedad consistía en la enormes posibilidades que se abrían con la libertad económica y política y la participación pública. Y lo que no era menos importante, la aparición de un dinamismo social que lograba romper con las rígidas estructuras. Todo se debía a la economía capitalista, a la política y la llamada mentalidad social burguesa ⁽²⁹⁾.

Así pues, el nuevo sistema conduciría a la sociedad a creer en la libertad, a exigir mayor justicia e igualdad y que a todos llegaran los frutos del progreso. Este aspecto generalmente se olvida y desde luego no lo tuvieron en cuenta los críticos del nuevo sistema ⁽³⁰⁾.

En resumen: desde el ángulo liberal y capitalista las estructuras se constituyeron para que la convivencia

social mejorara notablemente y se pusieran en marcha los mecanismos de desarrollo del hombre en las vertientes económica, social y política.

La utopía como elemento configurador

Debido a una irreflexiva toma de conciencia, por parte de la población, de que el sistema era el que creaba todas las desgracias públicas, junto a los que buscaban el modo de aprovecharse mejor de la situación, caso de la clase media y baja ⁽³¹⁾, surgió un rechazo completo al sistema con predominio de las bases políticas revolucionarias o reformistas, según los países.

La toma de conciencia del ciudadano de las posibilidades políticas, económicas y sociales, condujo a muchos de ellos a seguir las doctrinas progresistas y utópicas. Comenzaba un importante movimiento social que se basaba en el ensueño. Uníanse para ello el interés personal y el sentimentalismo con la ilusión. Paralelamente se irá labrando otro movimiento histórico, muy distinto, que postulaba otras ideas basadas en el amor a la patria o la nación. Se da aquí el sentir histórico, al contrario del utópico que presenta un perfil antihistórico aunque, ¡qué paradoja!, habría de seguir realizando la historia de la humanidad.

El movimiento utópico, tanto socialista como comunista o anarquista ⁽³²⁾, comparten principalmente una idea esencial: acabar con el sistema capitalista y eliminar cualquier resto de liberalismo. Se diferencian en la

proyección estratégica que adoptan en relación con dicho sistema. La lucha por el objetivo común que es la implantación de la sociedad socialista posee menos importancia. Dado que es este un objetivo inalcanzable, toda su actividad se basa en la destrucción del sistema en que se le permite actuar. Cuando daba sus primeros pasos, el colectivismo intentó destruir lo existente para construir lo imposible. Transcurrido un tiempo, y como las experiencias socialistas fracasaban, su relación con el sistema cambió. A su labor destructiva, manifestada de diversas formas, se le abrieron grandes perspectivas. Se integrarían en el sistema que tanto odiaban y sacarían partido de sus enormes posibilidades. El planteamiento consistía en utilizar los valores establecidos por el liberalismo, impregnándolos de sentido colectivista ⁽³³⁾. Su convivencia con el sistema se justificaba porque sólo así se aumentaría la justicia social y se darían los pasos necesarios para llegar al socialismo. También se pretendía la transformación radical de la persona, es decir, la desalienación, a fin de crear el auténtico ser histórico ⁽³⁴⁾.

Este cambio estratégico nos lleva a distinguir entre la influencia colectivista en las sociedades en las que los grupos socialistas lograron desprenderse de sus rivales políticos, generando un régimen totalitario, y los países de economía de mercado donde al socialismo le ha cabido un importante papel en el Gobierno y en la oposición. En los Estados socialistas —caso de Rusia y satélites— ni

siquiera se puede hablar de que se haya creado un hombre nuevo ⁽³⁵⁾. Se ha podido comprobar en dichos países la existencia de una población con actitudes pasivas, sin ideales, temerosa y sin apenas capacidad de evolución. La desaparición de los países socialistas y la puesta al descubierto de su sociedad prueban lo que era conocido por casi todo el mundo. Nada que se pareciese a lo que Marx vaticinaba. Distinto planteamiento estratégico se pudo percibir en el socialismo de los países "capitalistas" donde algunos grupos, preferentemente la socialdemocracia, seguían una línea reformista que intentaba aprovecharse de las oportunidades que se abrían por la propia flexibilidad de las estructuras ⁽³⁶⁾. Apoyándose en las consignas de igualdad, libertad, solidaridad, justicia, el socialismo acrecentó su poder e influencia ocupando una contradictoria posición en la que acosaba continuamente al sistema creado, pero a la vez viviendo muy a gusto en él, a pesar de las apariencias. A diferencia del liberalismo, fomentó otra toma de conciencia sobre la ya creada por aquél, basada en los supuestos de una idílica sociedad, que en la práctica supuso forzar a los Gobiernos para obtener pequeños resultados en favor de sus simpatizantes. En cuanto a los miembros de los nuevos grupos de izquierda, aunque siguieron utilizando las viejas consignas, no descuidaron la oportunidad que se les ofrecía de colocarse mejor en la sociedad y aprovechar la fuerza del movimiento. Haber alcanzado el poder en un Estado, bien por medios

pacíficos o violentos, puede ser un dato importante para medir el grado de influencia del colectivismo. Pero si repasamos los ejemplos que nos ofrece la historia, la influencia socialista ha sido muy grande tanto en los países en que han actuado según las reglas del juego democrático imperante, como si ha obtenido el monopolio del poder.

Es esa influencia de los principios y valores socialistas la que se analizará ahora.

El principio básico que postula el socialismo es el de la igualdad en los aspectos económico, social y jurídico. El resto de sus principios son meras adaptaciones a la idea colectivista. Teóricamente la libertad es incompatible con la igualdad colectivista, entre otras cosas porque para establecer y mantener esa clase de igualdad resulta preciso dotarse de un enorme poder coercitivo, puesto que las sociedades siempre tienden a la desigualdad, al menos en el plano económico y social ⁽³⁷⁾. La historia nos ofrece la prueba incontestable de esa tendencia y los resultados que han dado los esfuerzos para crear y mantener la igualdad ⁽³⁸⁾. Es por lo que hoy puede decirse, sin temor a equivocarse, que el igualitarismo colectivista nunca conseguirá que se implante ni la libertad, ni la justicia.

La influencia socialista en la formación de los principios sociales que imperan en la actualidad es importante. Resulta significativo que se haya logrado esa influencia por la acción política de la degradación y destrucción solapada de los valores dominan-

tes, tanto naturales, como históricos. Se ha dicho que el fascismo fue una adaptación permanente a las circunstancias ⁽³⁹⁾, sin embargo esta idea concuerda mejor con la actuación del llamado socialismo democrático, pues es el que más inteligentemente se ha ido adaptando a una realidad ajena a su doctrina, si bien ha tenido presente llevar a cabo la degeneración de las costumbres, hábitos y creencias religiosas y morales. Por eso los principios socialistas han trastocado el sistema vigente y marcado decisivamente al hombre actual. No obstante, la política y antipolítica socialista ha supuesto un fondo negativo importante en la evolución histórica de la civilización occidental. En el supuesto de que el sistema capitalista desapareciera, sería imposible que el socialismo fuera el sistema que lo suplantara, puesto que es la degeneración del presente y la nada venidera como ideología ⁽⁴⁰⁾.

Se puede constituir una nueva sociedad de dos maneras: 1) A través del cambio drástico de lo existente. Comenzando con un cambio político, se irán imponiendo paulatinamente los nuevos principios y valores a la sociedad. Es decir, la teoría o doctrina tomará cuerpo en las formas, mentalidades, creencias, ideas, etc., tal como acertadamente señaló Tocqueville ⁽⁴¹⁾. 2) Cuando se introduce de manera progresiva los valores o principios y se sustituyen de igual manera los existentes. El socialismo ha puesto en práctica las dos alternativas y su resultado es el que se presumía. Como antes se dijo, con la revolución

pocas cosas han cambiado de forma substancial, provocando una degeneración que conduce a la decadencia. Y con la reforma destructiva el proceso es tan degenerativo o más que con la revolución, aunque las sociedades a las que trata de someter han conseguido mantenerse, a pesar del efecto tan corrosivo que se ha imprimido.

El socialismo no puede desprenderse de su esencia negativa. El socialismo puede cambiar de táctica, puede apoltronarse como lo están sus dirigentes, pero su capacidad para destruir la moral, la religión, la justicia, la libertad, etc., hace difícil una estrategia de contención. Sólo cabe una solución: su desaparición. Aún así habrá hecho tanto daño que en las sociedades desarrolladas habría que comenzar por un nuevo relanzamiento histórico de los valores naturales.

La estrategia de la degeneración la ha llevado a cabo el socialismo apoyándose en unas ideas o principios de gran importancia en toda sociedad, como son la libertad y la democracia. Aprovechándose de las aspiraciones de la sociedad y dándole el sesgo colectivista, el socialismo ha recogido aquellos ideales y los ha orientado en interés de una nomenclatura ⁽⁴²⁾. Basta con haber señalado que la democracia y la libertad solo son posibles en la sociedad socialista para que muchos hombres hayan seguido sus consignas.

Con la evolución de la democracia social y el retroceso de la democracia política se ha ido imponiendo el igualitarismo, tal como preveía Tocqueville. Ello ha supuesto romper con

viejas solidaridades y elementos fundamentales en cualquier comunidad, como es el caso de la autoridad. Igualitarismo en el ocio, en la pasividad, en el mimetismo, en la ausencia de lucha colectiva, en seguir de modo exclusivo intereses particulares, en la búsqueda del bienestar material ⁽⁴³⁾ y en la apreciación de la realidad a la que ya previamente se ha ocultado y mostrado lo aparente ⁽⁴⁴⁾. La evolución histórica ha ido separando la relación entre democracia política y democracia social, optándose por la que aporta mayores posibilidades de sujeción y menos complicaciones para los que ostentan el poder.

El siglo XX pasará a la historia, entre otras cosas, por ser el fracaso del colectivismo en cualquiera de sus manifestaciones marxista, socialdemócrata, etc. El hundimiento de los socialismos, aunque todavía se mantengan regímenes totalitarios como el de China, Cuba, etc., ha logrado descubrir ya definitivamente para todos ⁽⁴⁵⁾ los mecanismos de su proyección. Todas las manifestaciones prácticas del socialismo han sido la antítesis de lo que se pregonaba ⁽⁴⁶⁾. No es preciso pasar revista a todos los casos, por lo que nos vamos a centrar en dos importantes ejemplos:

1) Especial mención merece la Perestroika, el socialismo que pretendió abrirse un poco a la libertad ⁽⁴⁷⁾. A pesar de los deseos de M. Gorbachov ⁽⁴⁸⁾, se comprobó la imposibilidad de que el socialismo como único fundamento del Estado pudiera coexistir con la libertad y la democracia. Lo cual es una clara demostración de que

el socialismo de los países desarrollados perdura y se mantiene en el juego político democrático gracias a las instituciones creadas por el liberalismo o el conservadurismo y por la existencia también de unos grupos y fuerzas sociales que impiden que el socialismo se adueñe del Estado y de la sociedad ⁽⁴⁹⁾. Y es que en el socialismo no cabe la regeneración —no es consubstancial a él— ⁽⁵⁰⁾ no es compatible con nadie, excepto consigo mismo. Cuando el régimen socialista desplegó un poco de libertad, desató de inmediato un movimiento que acabó con su existencia de tantos años ⁽⁵¹⁾, saliendo a la luz viejos problemas nunca resueltos y siempre aplazados como el nacionalismo, la pobreza generalizada, etc.

La Perestroika, por tanto, no consiguió que Rusia resolviera sus problemas más dramáticos, ni logró deshacerse de todo su pasado de sangre y esclavitud ⁽⁵²⁾.

2) El segundo caso se refiere a lo llamado socialismo democrático. En los países occidentales el sueño sigue, todavía rinde intereses. El socialismo ha dejado de ser una ilusión, ha pasado a ser un negocio político y económico donde muchos obtienen una alta rentabilidad. Cuando domina políticamente va eliminando las libertades fundamentales, y a imagen y semejanza del soviétismo acaparará todos los resortes posibles de la sociedad y del Estado, sobre todo de éste, que sirve para dominar aquélla.

El fracaso del socialismo real es el fracaso de todos los socialismos, se

llamen o no democráticos. La Perestroika por la que tanto apostaban, ha sido su más dramático aviso ⁽⁵³⁾. La contradicción más importante del socialismo resulta ser el escepticismo que, por un lado, les corroe, como a parte de la sociedad, al ver fracasar sus ilusiones (el que las tenía) y haber podido comprobar la inaplicabilidad de sus principios. El socialismo se ha convertido en una influencia lucrativa que abre posibilidades de cargos, dinero, poder. Su proyección ideológica es técnicamente avanzada, porque consiguen que la gente olvide que la fe debe estar de acuerdo con los actos. Por otro, siguen odiando el sistema capitalista, sin que hayan evolucionado en sus ideas, ni salido de sus dogmas ⁽⁵⁴⁾, excepto para sacar partido de su posición ⁽⁵⁵⁾. Aunque quisieran, no pueden dar marcha atrás: para ello tendrían que renegar de su doctrina.

Las influencias actuales en la conformación del hombre

Una vez analizadas las ideas más influyentes del pasado en la formación de la personalidad del hombre actual, se expondrán a partir de ahora aspectos de esa personalidad y se ahondará más en las influencias provenientes del contexto presente.

Convendría decir previamente que los rasgos actuales de la persona y del ciudadano son producto de toda una evolución en la que cabe hablar de la conversión del Estado, de la

sociedad, del habitat, de los medios de comunicación, de las ideologías, etc. Es el resultado de un conjunto de influencias de muy distinto signo que forman parte de la estructura global histórica.

Una actitud que ha adoptado el hombre actual y que marca su personalidad es la tendencia al consumo en grado superlativo. La economía está asentada en el presupuesto de que el hombre debe consumir y aumentar su nivel adquisitivo con el fin de que se acrecienten sus posibilidades de compra. Existen toda clase de técnicas para fomentar el consumo ⁽⁵⁶⁾. Los vendedores de productos saben cómo crear las necesidades y satisfacer las demandas. Por ello se recurre a todo lo que pueda servir para activar el consumo de los hombres. Estos aumentan su bienestar material, pero a cambio admiten sacrificarse para satisfacer necesidades y se frustran por no poder eliminar sus infinitos deseos. En una palabra, consumen y se consumen. Todo se percibe como objeto de consumo, hasta los valores más sagrados. En efecto, es el consumismo el que en gran parte ha impuesto los valores. Sólo hay que ver dónde se encuentra el ideal de la libertad según la publicidad consumista: en un coche, en una bebida, en una forma de vestido. Dónde la pasión: en un bolígrafo, en una colonia; dónde el amor: en una motocicleta, en una guitarra. Tampoco existen normas, todo es aleatorio; se acepta para el momento, una vez usado deja de ser válido. He aquí al gran protagonista ⁽⁵⁷⁾. Ha propiciado que la reali-

dad haya desaparecido surgiendo una nueva óptica de la vida: la que él crea en lo posible. Por eso posee el poder para cambiar los valores adecuándolos a sus necesidades. Se ha convertido en el gran rey al que rinden pleitesía múltiples vasallos.

Nuestro hombre también es hedonista y narcisista. Rinde culto al cuerpo y por ello culto a la apariencia⁽⁵⁸⁾, a los sentidos, en su vertiente más animal, porque no pretende educarlos hacia lo refinado. El culto es al cuerpo, pero en realidad es el culto a la apariencia que se expresa en gran parte en el cuerpo⁽⁵⁹⁾. La apariencia hedonista mide la mayoría de los valores que entraña la relación humana por la expresión física, que debe ser juvenil. Cuerpos sanos para una reproducción apropiada, se decía en la teoría nacionalsocialista⁽⁶⁰⁾. La exigencia hedonista requiere cuerpos jóvenes, moldeados, operados cuando existan defectos más o menos llamativos. Tanto si se es joven o no, hay que hacer lo posible por parecer joven. Nos encontramos aquí con una clara deformación del ideal clásico y renacentista del cuerpo sano, puesto que éste se conjuntaba con el espíritu en un ideal más elevado, para lograr la mayor perfección humana, creando la figura ideal del "Cortegiano", que se dedicaba a cultivar lo físico (debía ser ducho en armas) y de lo espiritual, intentando llegar al más perfecto equilibrio⁽⁶¹⁾. En el momento actual rendir culto al cuerpo es rendir culto a la juventud cuando existe; si no, es preciso aparentarla. Por consiguiente, todo lo que no está en los límites mar-

cados por la juventud, en sus expresiones física y mental, carece de prestigio. El hedonismo juvenil⁽⁶²⁾ marca en gran parte los principios, los valores. También lo que desprestigia.

Una sociedad donde impere el valor hedónico tiene que ser a la fuerza escéptica, incrédula, indiferente y apática, en el sentido que le daba Tocqueville⁽⁶³⁾. Y no deja de ser curioso que una sociedad tan preocupada por los derechos humanos, por la vida, por la libertad, sea tan escéptica⁽⁶⁴⁾, tan impasible ante lo que le ocurre al semejante⁽⁶⁵⁾. No es de extrañar que sea tan contradictorio, que se indigna porque se condene a muerte a un asesino, y vea como un costo de la civilización el continuo chorreo de sangre que se derrama en la carretera, o que se recluya a los ancianos en las residencias para la tercera edad o cárceles del bienestar.

¿Dónde quedan los principios y valores de las ideologías? El liberalismo, como el conservadurismo, se han comprometido más con los problemas políticos. Sus valores no coinciden con una sociedad del estilo hedonista. La política del liberalismo ha sido la de afirmar sus principios y conformar un auténtico ciudadano y, sobre todo, una persona responsable. Parece evidente que en general en las sociedades desarrolladas, especialmente en Europa, ha habido importantes desviaciones, de las que el liberalismo no ha tenido la culpa. Lo cierto es que en gran parte de las naciones europeas, con excepción de Inglaterra⁽⁶⁶⁾, Holanda, y alguna otra, han sido muy poco liberales⁽⁶⁷⁾.

En cuanto al conservadurismo, desde hace años emparentado con el liberalismo político, ni teórica ni prácticamente ha podido abrir un camino a los principios hedonistas. La tradición, la religión, la Patria, no son valores que deban guiar una sociedad al hedonismo; más bien al contrario, ya que predica el valor, el sacrificio, la disciplina, que son antítesis de las formas que adopta el hedonismo. En la práctica también ha podido contribuir de forma indirecta desde el lado económico. Pero quizá sean los valores conservadores los que más han frenado la tendencia social al hedonismo.

Respecto a la ideología socialista, tampoco doctrinalmente tiene que ver con el consumismo, el hedonismo y la apatía. Pero en la práctica ha utilizado recursos que han sentado las bases del hedonismo. Por consiguiente, el socialismo ha terminado también por ser hedonista. Hasta se proclama el "manifiesto hedonista socialista" (68). Su carácter de parásito doctrinal le hacen acreedor a ser un cooperador más. Ha impulsado la indiferencia como medio de desintegración social por un lado, y al hedonismo por ser un asidero a su quiebra ideológica, por otro. Critica la existencia del capitalismo, pero la mayoría de sus simpatizantes se encuentran muy integrados, olvidando sus pretendidos valores.

Los colectivismos se han basado en el llamado Estado de bienestar para influir en la configuración del hombre actual. Se sabe que el Estado social surge con la pretensión de reformar ciertos aspectos del estado liberal. Para algunos (69), pretende ser

un tránsito en progreso hacia una sociedad más justa y, sobre todo, más igualitaria. El Estado social ha querido ser reformador e impulsor de los valores que el Estado liberal no consiguió transmitir; aunque bien pudiera ser un transformador de todos los principios de aquel Estado. Es todo un síntoma que hayan podido orientarle ideológicamente contrarias a los principios que propugna el Estado liberal. Y es que las reformas que ha traído son tan profundas que es posible hablar de un cambio en los aspectos social, político, económico y jurídico (70).

Político, en cuanto que la libertad deja de ser el principal valor de la sociedad. El Parlamento no es ya la principal institución política (71). La división de poderes ha quedado para la historia de la teoría política (72). La democracia no supone un control de los ciudadanos (73), sobre el Estado y sus instituciones (74), creándose la institución de los privilegiados, esto es, los que participan en las diversas tareas políticas para defender los intereses generales del Estado social y los suyos propios. En cuanto al cambio social, decía Tocqueville que la verdadera revolución era la que sucedía en las conciencias, costumbres, en las formas de vida, en definitiva (75). El liberalismo sacaba al hombre de la servidumbre real, dejándole frente a los elementos. El Estado social le protege pero le convierte en un súbdito. Cuántas pasiones, ideales, luchas y sacrificios tuvieron lugar durante el siglo decimonónico hasta conseguir la plena ciudadanía (76), para ahora caer sin resistencia en la sujeción de la

protección. El ciudadano en el Estado social ya no posee capacidad de reacción ante la mayoría de los problemas políticos ⁽⁷⁷⁾. En casi todos los Estados sociales se ha constituido un régimen oligárgico, aunque exista el formalismo del sufragio. A mayor abundamiento, la incapacidad social para entender los grandes problemas desmotiva la adopción de posturas participativas ⁽⁷⁸⁾.

En el ámbito económico "ha quedado neutralizado el *laissez-faire*" ⁽⁷⁹⁾, si bien no se puede imputar su desaparición a este Estado. La tendencia en el siglo XIX hacia el oligopolio o el monopolio en ciertos sectores económicos de la sociedad, quebraba parte de la teoría de los economistas clásicos ⁽⁸⁰⁾. Bien es verdad que tampoco se consiguió plasmar la teoría en toda su pureza, sobre todo en lo que concierne a la no intervención del Estado. Los presupuestos del Estado social en lo que respecta a la economía de mercado no son reformistas, al cambiar sus bases esenciales. El Estado social no parte del principio de una economía libre, sino de una economía intervenida en la que deja más o menos libres ciertos ámbitos de los diferentes sectores económicos, quedando el Estado como controlador, "manager", organizador, etc. ⁽⁸¹⁾. Además, la regulación estricta de todo lo económico, incluida la protección, aunque sea justificada y se apoye en los valores de la justicia, cercena gran parte de la iniciativa privada y limita la espontaneidad social o, cuando menos, la de todos aquellos que pretenden realizar su propia actividad

económica. La incertidumbre inherente a la iniciativa económica queda muy reducida al no guardar proporción el riesgo con el beneficio, limitado por el continuo aumento de los impuestos ⁽⁸²⁾. También aquí ha habido otro cambio decisivo con respecto al Estado liberal: el empresario creaba riqueza mediante la búsqueda del beneficio; en el Estado social una parte importante del beneficio del empresario es neutralizado para ser redistribuido, según las necesidades sociales, por el propio Estado. La filosofía económica que lo mueve es distinta. Se trata de saber con estos planteamientos si es posible desarrollar la economía de acuerdo con las necesidades sociales. No hay que olvidar que una economía intervenida requiere de una política que se adapte a la intervención. La limitación de la libertad económica va pareja con la limitación en la actividad política para todos ⁽⁸³⁾ y, por supuesto, queda reducida la libertad social, puesto que existe la necesidad de regular y controlar al ciudadano de la misma forma que a la economía, al ser aquél un sujeto económico más.

En el ámbito social el Estado social pretende reformar la sociedad, modelándola a su gusto. Casi nada queda de los planteamientos liberales sobre la independencia de la sociedad en la que el Estado se convierte en un protector a su servicio. Ahora la sociedad está encorsetada por su afán de ponerse a disposición del Estado. A ello ha contribuido la creación de un ámbito macrosocial, la individualización debida a la aglomeración urbana, la creación de espacios íntimos por

los medios de entretenimiento, y un largo etcétera., que ha originado un marco distinto del que partía el Estado liberal.

El Estado social no ha sido causante del hombre indiferente, apático, pero se ha convertido en uno de los baluartes para mantener y acrecentar el relativismo y la indiferencia ⁽⁸⁴⁾. Además, el Estado social es el instigador de las contradicciones, de lo aparente, del falseamiento de la realidad. La idea puede resultar difícil de asumir, puesto que éste no se creó y desarrolló con tal fin. El Estado social se justificaba porque lograría la seguridad social para todos los ciudadanos ⁽⁸⁵⁾. Su proyección en la seguridad social resultaba lógica desde el momento en que se había reducido el espacio vital dominado ⁽⁸⁶⁾, siendo preciso que se abrieran otros espacios que quedaron cerrados a las personas. Supuso así una corrección de fondo, como dice García-Pelayo, del Estado capitalista ⁽⁸⁷⁾.

La transformación del Estado originó un cambio en la persona y en el ciudadano, siendo la más relevante el sometimiento a sus directrices. En efecto, el Leviatán del momento presente no sólo exige la obediencia mediante la coacción, sino que cada vez acucia más al ciudadano para que entregue su alma. Lo justifica porque así aumenta la justicia social, la igualdad, incluso la libertad.

En la transformación se ha beneficiado el hombre en lo concerniente a su bienestar material ⁽⁸⁸⁾, pero, en cambio, ha salido notablemente perjudicado el ciudadano y la persona

moral. Ello ha sido consecuencia de la reducción de la libertad, el aumento de la dependencia del Estado y la disminución general de la capacidad para realizar la justicia. Se puede decir con E. Nolla que "el nuevo despotismo deja el cuerpo en libertad y oprime el alma" ⁽⁸⁹⁾.

El "progreso" técnico, social y económico ha generado un sistema de tal complejidad que impide las soluciones más necesarias. A veces no se pueden ni siquiera disminuir los efectos negativos de los problemas. No se debería engañar: ante los grandes problemas, como los que presentan las sociedades desarrolladas, no cabe plantear grandes soluciones. Tengamos en cuenta de que siempre que se llevan a cabo grandes reformas, en muy poco se mejora. Está en la naturaleza de la cosa. Por eso toda aquella ideología que plantee soluciones generales desconoce la realidad, o miente para sacar un beneficio. Y todavía más falso resulta defender que ciertos problemas que existen en la actualidad, como el de la pobreza, desaparecerán si se impone otro sistema. Por si la doctrina convencía, la realidad se ha encargado de acabar con los sueños.

Son bien conocidas las influencias negativas que recibe el individuo actual, en lo que concierne a su independencia, libertad y seguridad. Por ejemplo, la gran ciudad fomenta el aislamiento del individuo, el hacinamiento, la insolaridad; las distancias perjudican las relaciones profundas y duraderas entre los individuos, aunque favorezcan las superficiales; el habitat

impide una relación social estrecha; también la diversión, al entrar en la vida íntima a través de los medios audiovisuales, disminuye las relaciones personales ⁽⁹⁰⁾. Y es que la ciudad ofrece toda clase de recursos, posibilidades, pero crea en el individuo una sensación de impotencia dado lo poco que puede dominar aunque esté todo a su alcance ⁽⁹¹⁾.

El Estado social va camino de convertirse a través de sutiles medios en el señor incuestionable, "en la encarnación de Dios en la tierra". No sólo dará vida a la persona y al ciudadano —teóricamente siempre se es persona; en cuanto a ciudadano, depende de las limitaciones legales— sino que le dictará cuáles son los valores a los que debe atenerse y le señalará lo que debe ser la justicia y "los caminos de la libertad"; en una palabra, parafraseando a Nietzsche, le deglutirá, le masticará y al que no sea de su gusto, le lanzará a las tinieblas exteriores ⁽⁹²⁾.

En estos tiempos el Estado resulta ser una forma de poder con aportaciones positivas y cargas muy perjudiciales para el ciudadano. Entre aquéllas se encuentra el mantenimiento de todo el sistema de Seguridad Social que, a pesar de sus graves problemas, disminuye los efectos de la inseguridad económica y los perjuicios de la evolución económica. Asimismo, los programas de asistencia social y las medidas de Política social corrigen algunas desigualdades, aumentando el bienestar social. En cuanto a los efectos negativos presentan una doble faz: aquéllos que son visibles para

toda la sociedad —siendo, por tanto, consciente de ellos— y los que pasan desapercibidos en términos generales, debido a la despreocupación social. El juicio sobre su conformación es mayoritariamente favorable en la sociedad. El hecho de que encuentre un gran apoyo resulta ser uno de sus logros ⁽⁹³⁾. Ahora bien, la despreocupación social manifestada en la inhibición política, esto es, en el retroceso democrático, abre al Estado posibilidades enormes. Por eso, si existen abundantes aspectos como para temer y criticar la labor del Estado social, más preocupante es el cauce que va tomando la extensión de su poderío en contra de sus ciudadanos y la persona. Pero lo que es evidente, como bien señaló el primitivo liberalismo, es que el aumento de los poderes del Estado sin que se produzca al mismo tiempo el control de la sociedad sobre él, irá en detrimento de la sociedad, de la persona y del ciudadano.

Inicialmente se preveía que para que el Estado no doblegara al ciudadano ⁽⁹⁴⁾, cuando aumentara —cosa poco admisible, pero real— su poder se equilibraría con un incremento del control del ciudadano a través de las instituciones formadas al efecto. La realidad ha ido por otro camino, ya que no se ha acrecentado el poder de la democracia política, incluso cabe decir que ha disminuido, por lo que el ciudadano se halla inerte ante el poder exorbitante del Estado. Las instituciones, aunque no se han convertido en un mero formalismo, lo cierto es que han disminuido de forma alar-

mante su efectividad ⁽⁹⁵⁾. La democracia política está empezando a ser un espejismo. Los perjuicios para el ciudadano son evidentes, puesto que su actividad real como integrante de la comunidad queda limitada a las votaciones para determinadas instituciones, como el Parlamento, que está llegando a ser un objeto decorativo y poco más ⁽⁹⁶⁾. El ciudadano tiene la posibilidad, aspecto nada desdeñable, de defender sus derechos aunque el costo personal suele ser demasiado elevado ⁽⁹⁷⁾. No es raro que ante estas situaciones el ciudadano lo vea en ocasiones como un amigo-enemigo.

Si el ciudadano ha perdido gran parte de su entidad, en peor situación se encuentra la persona, objeto de toda clase de ataques. El Estado social ha pasado a convertirse en un instrumento efficacísimo para hacer desaparecer su ser moral. Es decir, el Estado es un medio para acabar con la persona, si bien como corresponde a una sociedad aparente, parece que se ha provisto de toda clase de derechos para favorecerla. Y es verdad que en ciertos aspectos materiales resulta innegable el apoyo al individuo en sus necesidades materiales ⁽⁹⁸⁾. Algo tenía que dar a cambio para realizar la operación. Se ha intercambiado bienestar por libertades fundamentales y justicia. Se le narcotiza con la libertad más valorada por el hedonista: la sexual que a la postre es la única que se fomenta ⁽⁹⁹⁾, siempre, claro, que nos quedemos en lo aparente, porque el Estado también enseña como se debe actuar ⁽¹⁰⁰⁾. Tocqueville, más actual que nunca, debería leerse con detenimiento.

El Estado social como instrumento del socialismo

El socialismo utiliza el Estado social de dos maneras. La primera como opción de dominio político. No es otra cosa que la eterna aspiración de los grupos o camarillas políticas que pretenden llegar al poder y sacar beneficio de él. La segunda, con la intención de ir destruyendo los fundamentos en que se asentó el sistema surgido en los siglos XVIII y XIX.

1) El primer caso es lo menos importante, si bien es el más llamativo. Que los partidos socialistas traten de sacar partido a la posibilidad de dominar el Estado, se concibe en la lógica de todo partido con aspiraciones políticas. En este sentido, apenas se ven diferencias con las aspiraciones de otros grupos. Pero el socialismo es por esencia totalitario, de ahí su interés de acaparar el dominio de toda la sociedad ⁽¹⁰¹⁾. De ahí su estrategia de apoderarse de todos los resortes tanto del Estado como de la sociedad y de acabar con toda clase de oposiciones. Esta forma de actuar irá eliminando progresivamente, si no se pone remedio, las posibilidades democráticas, por lo que la sociedad quedaría sometida al grupo colectivista ⁽¹⁰²⁾.

2) Todo sistema tiene su lado constructivo, pero en la actualidad el lado destructivo es superior al constructivo, siendo el socialismo un importante cauce de su degeneración. Puesto que su afán es degradar todos los valores y los principios en que se

orienta la sociedad, es innegable que puede llevar a la destrucción de ésta.

El socialismo se aprovechará de las condiciones existentes para llevar a cabo su labor. Antes se dijo que sus dogmas no han variado, por lo que seguirá empeñado en acabar con los valores burgueses. Para entrar en la historia es menester acabar con la Señora Moral, la Señora Religión, con el Derecho, la Familia, formas artificiales, según sus doctrinarios, concebidas para dominar al ciudadano. Todas estas formas y valores son incompatibles con una sociedad colectivista. Por eso se entienden sus esfuerzos para eliminar la influencia religiosa, tan perniciosa para el hombre ⁽¹⁰³⁾. Al mismo tiempo, tratará de conseguir que la conciencia personal desaparezca ⁽¹⁰⁴⁾ y exista sólo la conciencia social, la dictada por el Estado a través de la Opinión Pública y la estadística, las poseedoras de la verdad ⁽¹⁰⁵⁾.

El Estado social abre muchas posibilidades a la estrategia socialista. Esta clase de Estado quiere orientar siempre al ciudadano ⁽¹⁰⁶⁾. A cambio de bienestar ⁽¹⁰⁷⁾, les elimina su conciencia, tan incómoda para ellos, convirtiéndolos en siervos ⁽¹⁰⁸⁾. Se ha creado un "ciudadano inútil" a quien se sustrae el peso de la responsabilidad. Sus actos, si buscan la perspectiva del Estado, son actos aceptables. Lo bueno y lo malo ha desaparecido en la acción individual. El que juzga es siempre el Estado. A él todo se somete. ¡Cómo se puede hablar de derechos humanos cuando se está tratando de eliminar todo vestigio de conciencia! Cuando se trata de conseguir

que la verdad esté en la mayoría, "a la que hay que creer sin razonar" ⁽¹⁰⁹⁾; cuando apenas existe como ciudadano y además se le persigue, orienta, esclaviza, expolia ⁽¹¹⁰⁾; cuando las cosas más trascendentales se las intenta ocultar. A cambio, se le ofrece subsidios, y sobre todo, espectáculo ⁽¹¹¹⁾, basado en el humor ⁽¹¹²⁾ y en el deporte. A este tipo de hombre se le ha acabado la intimidación, creándosele un alma exhibicionista ⁽¹¹³⁾. Le adormecerá con muchas posibilidades para fomentar el ocio, le someterá a un continuo stress de diversión y lo pagará con el empobrecimiento mental y la destrucción de todo lo espiritual. Así, pues, el Estado social dirigido por el real socialismo crea la droga del ocio, con espectáculos costosísimos para deslumbrar y dejar embelesados a los integrantes de la ciudad, despreocupándose de la política y de los problemas más trascendentales, para que de esta forma actúe cómodamente la dictadura anónima.

El encubramiento físico, producto de la necesidad hedónica, coincide con el empobrecimiento espiritual. No ha de resultar extraño que nos encontremos a un individuo cada vez menos persona y sólo aparentemente ciudadano, apto para la sujeción más estricta al poder. La base de ella se ha encontrado en un Estado que ha fomentado una doble ética. El Estado social junto al socialismo ha deformado tanto la realidad que ha desaparecido ⁽¹¹⁴⁾. Puesto que no se ha logrado imponer la verdad del colectivismo, se han inutilizado las bases naturales y se está tratando de eliminar los caminos para llegar a la verdad. Tanta es

la deformación que hoy posee el mismo valor la verdad que la opinión (115). Cabe decir incluso que la opinión es la verdad aparente que lógicamente cambia con las necesidades públicas. Para ello se dice que el hombre es un ser histórico y por tanto la verdad depende del momento histórico.

¿Hacia un cambio en el futuro ?

Parece vislumbrarse un futuro (116) en que el Estado social no sólo irá disminuyendo el papel de la democracia, a la que probablemente se la dotará de una mayor aparato escénico, si no que intentará eliminar la creencia en los valores fundamentales e intentará suplantarlos por los de la opinión gestada por los grupos colectivistas (117). El Estado social se hace así principal instrumento del socialismo para acabar con toda la riquísima civilización occidental, que, al hilo de los tiempos, parece haberse degradado en exceso, abriéndose a un futuro de dominio bárbaro. De todos modos, puesto que la evolución no está determinada, todavía es posible concebir un futuro esperanzador y creer en la capacidad de reacción de nuestra civilización. ¿Alguien pudo vaticinar lo que ocurrió al socialismo real de la Unión Soviética y sus satélites? ¿Por qué no confiar en la capacidad de regeneración de las sociedades europea y americana?

NOTAS

(1) Vid. Gilles LIPOVETSKY, en "Le Débat", núm. 5, 1980 (artículo publicado posterior-

mente como cap. III del reader de su libro, *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporaine*, éditions Gallimard, Paris, 1983, traducido al castellano con el título citado en la nota 3, y que ocupa las págs. 49-78, *Narciso o la estrategia del vacío*). L. DUMONT, *Homo hierarchicus*, Gallimard, Paris, 1966; Ch. LASCH, *The culture of narcissism*, Nueva York, Warner Books, 1971.

- (2) La bibliografía sobre la personalidad del individuo contemporáneo es muy amplia, por lo que es preferible ir citándola con la evolución del trabajo.
- (3) Son muchos los estudios que se proponen analizar los rasgos que singularizan al hombre actual, podemos destacar: J. BAUDRILLARD: *Echange symbolique et la mort*, Paris, Gallimard, 1976; P. L. GIOVACHINI, *Psychoanalysis of Character Disorders*, New York, Janson Aronson, 1975; Jim HOGAN, *Decadence: Radical nostalgia narcissism and decline in the seventies*, Nueva York, Morrow, 1975; O. F. KERNBERG, *Bordeline conditions and pathological narcissism*, Nueva York, Janson Aronson, 1975; H. KOLRUT: *The Analysis of the Self*, Nueva York, International University Press, 1971; CHR. LASCH: *The Culture of Narcissism*, op. cit.; G. LIPOVETSKY: *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Trad. de J. Vinyoll y Michèlle Pendax, Barcelona, Ed. Anagrama, 1986; Aldwin SCHUR: *The Awareness Trap: self-assertion instead of social change*, Nueva York, Quadrangle, N.Y. Times, 1976; R. SENNETT: *El declive del hombre público*, Barcelona, Península, 1978; *ibid.*: *Les Tyrannies de l'intimité*, trad. de A. Besmann y R. Follman, Paris, du Seuil, 1979; E. TODD, *Le Fove et le prolétaire*, ed. Robert Laffont, Paris, págs. 181 y ss.
- (4) Dejamos al margen la influencia de los hechos y acontecimientos históricos que tanta importancia han tenido.
- (5) C.FOHLN: *La revolución industrial*, Barcelona, Vicens Vives, 1977; Marcel GAUCHET, *Tocqueville, L'Amérique et nous*, en "Libre", n.7 págs.83 y ss; PONTEIL: *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral 1815-1848* Paris, P.U.F. 1960; G. DE RUGGIERO: *Historia del liberalismo europeo*, Madrid, Pegaso, 1944, preferentemente la Introducción; J.VIAL: *Nacimiento y desarrollo de la civilización industrial*, Madrid, EDAF, 1976.

- (6) Término utilizado por R. ARON. Véase: *L'opium des intellectuels*, Paris, Calmann-Lévy, 1955.
- (7) Es preciso diferenciar entre la democracia y las ideologías de salvación, como el socialismo, el comunismo y el anarquismo, porque si bien estas ideologías defienden la democracia, no han sido las únicas que la postulaban.
- (8) R. ARON: *Espoir et peur du siècle. Essais non partisans*, Paris, Calmann-Lévy, 1957.
- (9) S. MASTELLONE, *Historia de la democracia en Europa* Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, 1990.
- (10) V. PARETO, *La transformación de la democracia en Europa*, Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, 1985, en especial los capítulos I y III.
- (11) Unos estudios interesantes al respecto son: Daniel BELL, *The Coming of the Post-Industrial Society*, Nueva York, Basic Books, 1973, existe traducción española en Alianza Editorial; M. GAUCHET, *Les droits de l'homme ne sont pas une politique*, en *Le Débat*, n.3, 1980, pág. 16 y ss; J.L. LINZ, *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 1987. J. BACHRACH, *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973; C. JULIEN, *El suicidio de las democracias*, Barcelona, Hogar del Libro, 1985.
- (12) H. EATON, *Histoire économique de l'Europe*, Paris, Armand Colin, 1952.
- (13) C. MOZARÉ, *Les bourgeois conquérants*, Paris, Armand Colin, 1957; L.B. HARTZ, *The Liberal Tradition in America*, Nueva York, 1955.
- (14) F. PERROUX, *Le capitalisme*, Paris, P.U.F., Pág. 47.
- (15) C.E. VAUGHAN, *Studies in the History of Political Philosophy Before and After Rousseau*, Manchester, 1925; Leo STRAUSS, *The Political Philosophy of Hobbes its Basis and its Genesis*, Oxford, Oxford University Press, 1936, 2.ed. Chicago, 1952; M. SELIGER, *The Liberal Politics of John Locke*, Londres, 1968. Consultese la Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano de 1789 en M. ARTOLA, *Textos fundamentales para la Historia*, Madrid, Alianza, 1982.
- (16) Un valor que posee unas claras raíces cristianas. C.B. MACPHERSON, *The Political Theory of Possesive Individualism*, Oxford University Press, 1962; J. COLLEMAN, *John Locke's Moral Philosophy*, Edimburgo, 1983.
- (17) M. ARTOLA, *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Madrid, Alianza, 1974, pág. 34; C.B. MACPHERSON, *Locke on Capitalist Appropriation*, en "Nestern Political quarterly", 1951, págs. 550-566; R. ASCHE-RAFT, *Locke's Two Treatises on Government*, Londres, Sage, 1987.
- (18) W.B. GALLIE, *Liberal morality and socialist morality*, en *Philosophy, Politics and Society*, ed. P. Laslett, Blackwell, 1956.
- (19) F. ZWEIG, *El pensamiento económico*, México, F.C.E. pág. 22. Vid. la obra de J.G.A. POCOCK citada en nota 22, y que constituye la continuación de *Il momento machiavelliano. Il pensiero politico fiorentino e la tradizione repubblicana anglosassone*, tra. it. id. Il Mulino, Bolonia, 1980.
- (20) Ibidem. pág. 35. Consultese también, C. MARX, *Cuadernos de Paris*, México, Ediciones Era, 1974.
- (21) Federico RODRIGUEZ, *Introducción en la Política social*, Madrid, Civitas, 1979.
- (22) Aquí se expresa la fórmula del imperativo moral, es decir, una máxima que debe valer como ley universal natural. M. KANT, *Grundlegung zur Metaphysik der sitten*, 1785; traducción castellana de Manuel García Morente, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid, Espasa Calpe, 4 ed. 1973, pág. 84 y ss.
- (23) Sobre la idea de la envidia o de la institucionalización de la envidia, existen dos estudios clásicos: T. VEBLEN, que partió de la tesis de que para lograr el desarrollo económico los hombres estuvieron motivados por el afán de ascender de status. *Teoría de la clase ociosa*, México, F.C.E. 1974; y el clásico (1759) de Adam SMITH, *The Theory of moral sentiments... to which is added*, Londres, Henry G. Bohn, 1893, hay una edición preparada por D.D. Raphael y A.I. Macfie, que ha sido objeto de reimpresión en ed. Clarendon Press, Oxford, 1979. Vid. N. PHILLIPSON, *Adam Smith as civic moralist*, en *Wealth and Virtue: The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment*, vol. colectivo dirigido por I. Hont y M. Igmatieff, Cambridge University Press, 1983; K. HAAKONSEN, *The Science of a Legislator; The Natural Jurisprudence of David Hume and Adam Smith*, ed. preparada por A.S. Skinner y T. Wilson, Clarendon Press, Oxford, 1975, págs. 96 y ss; Francesco FAGIANI,

- Giustizia naturale e Principio d'utilità in David Hume e Adam Smith*, en "Materiale per una Storia della Cultura giuridica", año XX, n.1, junio 1990, págs. 35-70; S. CREMASCHI, *Il sistema della ricchezza. Economia politica e problema del Metodo in Adam Smith*, ed. F. Angeli, Milano, 1984, cap. 2 y 3; J.G.A. POCCOCK, *Virtue, Commerce and History. Essays on Political Thought and History, chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge University Press, 1985.
- (24) El reputado estudio de Max WEBER resultará esencial para comprender estas ideas, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, trad. Luis Legaz y Lacambra, Barcelona, Península, 1987.
- (25) Mejor que sea bueno para la sociedad, porque de esta forma se obtiene un doble beneficio.
- (26) Ya se sabe que el concepto de felicidad es indeterminado. Como decía Kant, "para la idea de felicidad se exige un todo absoluto, un máximo de bienestar en mi estado actual y en todo estado futuro", *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, op. cit. pág. 67. Véase del mismo autor *Antropologie pragmatische Hinsicht*, 1798, trad. cast. de José Gaos, *Antropología en sentido pragmático*, Madrid, Revista de Occidente, 1935, pág. 173. Sobre el concepto de felicidad en el Renacimiento se puede consultar A. LEFRANC, *La vie quotidienne au temps de la Renaissance*, Paris, Hachette, 1938; P. SAINTYVES, *Les reliques et les images légendaires*, Paris, Mercure de France, 1912; Wilhelm DILTHEY, *Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII*, versión y prólogo de Eugenio Imaz, México, F.C.E., 1944.
- (27) M. ARTOLA, *La burguesía revolucionaria*, Op. Cit. pág. 34.
- (28) D.S. Landes, "Progreso tecnológico y revolución industrial", Madrid, Tecnos, 1979.
- (29) Lógicamente los que se encontraban en aquellos momentos en mejor posición social fueron los que se aprovecharon de la situación.
- (30) Que se encargaron sólo de pregonar sus defectos, condenándolo irremisiblemente.
- (31) Estos aunque participaron varias veces junto a los grupos colectivistas, no compartían la mayoría de sus presupuestos esenciales.
- (32) Se sabe que su influencia en la evolución histórica ha sido diferente.
- (33) La doctrina socialista ha tenido como base los principios y valores liberales. Su originalidad consiste en socializarlos, dando primacía a la igualdad.
- (34) El concepto de alienación es clave para entender toda la doctrina marxista y no marxista. Dejando a un lado a Hegel, cuyas ideas es preciso conocer para entender el pensamiento del fundador del materialismo histórico, es imprescindible la lectura de el concepto de alienación del joven Marx en los *Manuscritos: economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 4.ed. 1972, *Los Cuadernos de París*, en el apartado la división del trabajo, pág.145, op.cit. pág.145 y en el Marx maduro todo lo relacionado con el fetichismo de la mercancía en *El Capital*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- (35) En el sentido de la doctrina.
- (36) La línea reformista se basaba en Ferdinand Lasalle, Eduard Bernstein, Karl Renner, Heinrich Cunow, Max Adler, etc. importantes doctrinarios cuya lectura resulta imprescindible para entender el socialismo actual y el del milenio 2000.
- (37) Jamás se ha llegado a mantener un régimen socialista sin recurrir a la fuerza. La coacción que se ejerce desde el Estado sobre la sociedad es tanta como poca la libertad.
- (38) Un estudio que merece la pena consultarse sobre el igualitarismo en general y sobre la Unión Soviética en particular es el de R. ARON, *Democratie et totalitarisme*, Paris, Gallimard, 1965, en especial el capítulo III. También poseen un gran valor los trabajos de los siguientes autores: J.F. REVEL, *La tentation totalitaire*, Paris, R. Laffont, 1976, 1 y 2 parte; J. VERDES-LEROUX, *Le Réveil des sonambules*, Paris, Fayard-Minuit, 1987; G. R. de YURRE, *Totalitarismo y egolatría*, Madrid, Aguilar, 1962.
- (39) G. SABINE, *Historia de la Teoría Política* México, F.C.E. 1974, págs. 632 y ss.
- (40) Pág. 10. J. FREUND, *El Fin del Renacimiento* Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1981, pág. 34.
- (41) *La Democracia en América*. Madrid, Aguilar, 1989. Libro I, pág. 208.
- (42) Véase J. F. REVEL, *La Tentation Totalitaire*. Op. cit. 2a. parte, en especial el punto 8; Ch. JELEN, *La Ceguera Voluntaria*, Barcelona, Planeta, 1985; A. MINC, *La Máquina Igualitaria*, Barcelona, Planeta, 1989.
- (43) Con ello se implantó el despotismo democrático, según previó J. F. GUIZOT; *Letras*

- de François Guizot et de la Princesse de Liéven, París, Mercure de France, 1963, Tomo II, pág. 87.
- (44) J. BAUDRILLARD, *Cultura y Simulacro* Barcelona, Kairós, 1987.
- (45) Parece increíble que después de tantos años, todavía continúe habiendo tanta ceguera. Esto es una prueba irrefutable de los perniciosos efectos de las ideologías.
- (46) Véase mi libro, *La concepción de la política internacional en Raymond Aron*, ed. Servicio de publicaciones de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense, Madrid, 1992.
- (47) Es casi seguro que no hubo esa voluntad. Pero lo cierto es que unos tímidos aires de libertad bastaron para hacer desaparecer un régimen que parecía muy consolidado. Véase mi artículo, *Formas cambiantes y esencias inalterables en el orden internacional*, Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, n.77. Pág.195 y ss.
- (48) Resulta necesario leer a GORBACHOV, *Perestroika. Mensaje a Rusia y al Mundo Entero*, Barcelona, Planeta, 1987.
- (49) S-Ch. KOLN, *Sortie de la crise*. París. Hachette, 1984.
- (50) R. ARON, *Etudes Politiques*, París, Gallimard, 1972. Arts. 1 y 4; también *Dix-huit leçons sur la société industrielle*. París, Gallimard, 1962.
- (51) H. CARRERE D'ENCAUSE, *La glorie des nations ou la fin de l'empire soviétique*, París, Fayard, 1991.
- (52) En Occidente sólo los que no hablan sufrido su tiranía se permitan apoyarlo.
- (53) Véase mi artículo, *Formas cambiantes y esencias inalterables en el orden internacional*, Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense, número 77, 1991, págs. 195 y ss.
- (54) A. MINC, *La gran ilusión*, Barcelona, Planeta, 1989.
- (55) Lavándose la conciencia socialista con algunos anti, como el antiamericanismo, y algunos pros, caso del apoyo doctrinal al mal llamado Tercer Mundo.
- (56) Son innumerables los estudios que existen sobre el fomento del consumo. Se pueden destacar los trabajos de E. BARGMANN, *Stopping Valium*, Warner Books, 1983; E. CLARK, *The want makers*, Londres, Hodder and Stanghton, 1988; L. DIAMONT, *Television's classic commercials*, Nueva York, Hasting House, 1971; S. FOX, *The Mirror Makers*, Nueva York, William Morrow, 1984; M. SCHUDSON, *Advertising. The uneasy Persuasion*, Nueva York, Basic Books, 1984.
- (57) R. BARTHES, *Système de la mode*, París, Seuil, 1967.
- (58) Véase el excelente estudio de G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, op. cit.
- (59) D. BELL, en *Contradiciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1987, prefiere hablar del mundo de la simulación.
- (60) A. ROSENBERG, *Der Mythos des 20 Jahrhunderts*, Munich; J.R. Weitzfche, 1930.
- (61) Es conocido que en nuestro país pasaba por ser un ejemplo de renacentista perfecto Garcilaso de la Vega.
- (62) Consultar el estudio de P. YONNET *Juegos, modas y masas*, Barcelona, Gedisa, 1988.
- (63) A Tocqueville lo que le preocupaba es que el hombre cayera en la apatía, *La democracia en América*, op.ct. libro II, pág.308.
- (64) También algo nihilista, en el sentido que le daba Nietzsche.
- (65) Quizá conviene decir al otro para que nadie se ofenda.
- (66) La nación liberal por excelencia. Actualmente, debido a la influencia desde hace años del laborismo, ha perdido parte de ese gran espíritu liberal.
- (67) En nuestro país su influencia ha sido muy escasa, en cualquiera de los ámbulos, económico, político y social. Consúltese el ya clásico estudio de L. DIEZ DEL CORRAL *El liberalismo doctrinario*, Madrid I.E.P., 1973.
- (68) Esperanza GUI SAN, *Manifiesto hedonista*, Barcelona, ed. Anthropos, 1990. Estoy seguro que la notable profesora no ha pretendido con el libro sino mejorar el actual estado ético de nuestra sociedad.
- (69) Por ejemplo, entre otros: M. GARCIA-PELAYO, *Las transformaciones del Estado contemporáneo*, Madrid, Alianza, 1987; R. MISHRA, *The Welfare State in Crisis*, Brighton, Wheatsheaf Books, 1984; S. E. OLSSON, *Growth to limits: The Western European Welfare States since World War II: The Case of Sweden*, Stockholm Swedish Society, Londres, Unwin Books, 1967; C. OFFE, *Structural Problems of the Capitalist State*, en K. Von Beyme, German Political Studies, V.I., Nueva York, Sage, 1974; E. DIAZ, *De la maldad estatal y la soberanía popular*, Madrid, Debate, 1984; también su antiguo pero todavía actual tra-

- bajo *Estado de Derecho y Sociedad Democrática*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972; RODRIGUEZ CABRERO, *Fundamentos socioeconómicos y crisis del Estado de Bienestar*, Revista de Servicios Sociales y Política Social, núm. 0, 1984.
- (70) Un buen estudio para entender la conversión del Estado Social es el de M. GARCIA-PELAYO, *Las Transformaciones del Estado Contemporáneo*, op. cit. En el ámbito de la conversión del Derecho existen abundantes trabajos; merecen destacarse: D. LOSCHAK, *Mutation des droits de l'homme et mutation du droit*, en R.I.E.J., núm. 13, 1984; J. CHEVALIE, *Droit et Etat*, en *Revue Interdisc d'Etudes Juridiques*, Bruxelles, núm. 1, 1986; L. FERRY y A. RENAUT, *Droits, Libertés y Droits Creances*, en *Droits*, núm. 2, 1985; R. CHARLIER, *L'état et son Droit, leur logique et leur in conséquences*, París, Economica, 1984.
- (71) Dada la considerable cantidad de literatura al respecto, se citarán algunos autores con distintas ideas e ideologías: Manuel ARAGON, *Constitución y Democracia*, Madrid, Tecnos, 1990; R. A. DAHL, *La democracia y sus críticos* Trad. L. Welfran, Barcelona, Paidós, 1992; Raymond BASILLON, *Democratie et oppression*, Le Monde, 10 de marzo de 1972; P.F. DRUCKER, *Las nuevas realidades*, Barcelona, Edhasa, 1989; C.J. FRIEDRICH, *La democracia como forma política y como forma de vida*, Madrid, Tecnos, 2 ed., 1966; del mismo autor, *Gobierno Constitucional y Democracia. Teoría y práctica en Europa y América*, trad. A. Gil Lasierra, Madrid, I.E.P. 1975; Hans KELSEN, *Esencia y valor de la democracia*, trad. R.Luengo y Luis Legaz y Lacambra, Barcelona, Labor, 1934. La traducción al español es una refundición de las publicaciones de Kelsen en 1920 "Von Wesen und Wert der Demokratie", y la de 1921 "Demokratisierung der Verwaltung"; A. LJPHART, *Democracy in Plural Societies: a comparative exploration*, New Haven, Yale University Press, 1977; C. SCHMITT, *Sobre el parlamentarismo*, Madrid, Tecnos, 1990; J. AGNOLI y P. BRÜCKNER, *La transformación de la democracia*, Méjico, S. XXI, 1971; B. GOODWIN, "El uso de las ideas políticas", Barcelona, Península, 1988.
- (72) Es decir, para algunos la célebre división ya no tiene sentido, así lo señaló por ejemplo hace años el que fuera Vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra.
- (73) Para ser más exactos habría que utilizar el concepto de administrados.
- (74) Pedro Francisco GAGO, *El Estado Social como obstáculo para el Bienestar Social*, Cuadernos de Trabajo Social, núm. 3, 1990.
- (75) Idea que Alexis de Tocqueville recogió de Montesquieu, dándole su particular visión espiritualista, *La democracia en América*, Op.Ct. Libro I, pág. 208. Vid. Nicola MATTEUCCI, *Alexis de Tocqueville*, ed. Il Mulino, Bologna, 1990.
- (76) En gran parte es la lucha por la democracia a través del sufragio universal.
- (77) Véase F. A. HAYEK, *Derecho, Legislación y Libertad*, Madrid, Unión Editorial, 1976, en especial el capítulo 12; L. BERNALDO DE QUIROS, *Proceso al Estado*, Barcelona, Ediciones del Drac, 1988.
- (78) F.A. HAYEK, *Derecho, Legislación y Libertad*, op. cit. Ello supone para el autor la progresiva pérdida de la fé en el ideal democrático, pág.13 y SS.
- (79) L. VON MISES, *La acción humana*, Madrid, Unión Editorial, 1980, pág. 581.
- (80) M. NIVEAU, *Historia de los hechos económicos contemporáneos*, Barcelona, Ariel, 8a. ed., 1983.
- (81) M. GARCIA-PELAYO, *Las transformaciones del Estado contemporáneo*, op. cit.
- (82) J.C. MARTINEZ, *El fraude fiscal*, Méjico, F.C.E., 1989; del mismo autor, *Lettre ouverte aux contribuables*, París, E. Albin Michel, 1985. También existe un buen estudio de J.F. CORONA RAMON, *Mitos y leyendas de la política fiscal*, Barcelona, Ediciones del Drac, 1990.
- (83) F.A. HAYEK, *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*, Madrid, Unión Editorial, 1990, capítulo 3 y capítulo 10, pág. 93.
- (84) F.A. HAYEK, *Derecho, legislación y libertad*, op. cit. pág.28. También E. FORSTHOFF, *El estado de la sociedad industrial*, Madrid, I.E.P., 1975.
- (85) Junto a ello era un objetivo loable el de llegar a ser un medio de defensa del ciudadano contra los grupos dominantes de la sociedad.
- (86) E. FORSTHOFF, *Problemas constitucionales del Estado Social*, en *El Estado Social*, Madrid, C.E.C., 1986, pág. 47.
- (87) *Las transformaciones del Estado contemporáneo*, op. cit. pág. 18.
- (88) R. MISHRA, *The Wellfare State in Crisis*, op. cit.

- (89) Pág. LXXVIII en *Introducción a la Democracia en América* de A. de Tocqueville, op. cit.
- (90) D. WOLTON, *Elogio del gran público*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- (91) Ello se debe a la casi total desaparición del espacio total dominado.
- (92) No iba descaminado Nietzsche cuando le tildaba de ser el monstruo más frío de los monstruos fríos.
- (93) Véase mi artículo ya citado *El Estado Social como obstáculo para el Bienestar Social*.
- (94) G. DE RUGIERO, *Historia del Liberalismo Europeo*, op. cit. Introducción, pág. LXX-VIII.
- (95) W. LIPPMANN, *La crisis de la Democracia*, Barcelona, Hispano Europea, 1956, pág. 48.
- (96) C. SCHMITT, *Sobre el Parlamentarismo*, op. cit. Aunque es una publicación de hace muchos años, sigue siendo un estudio excepcional sobre la decadencia del parlamentarismo.
- (97) C. PATERMAN, *Participation and Democratic Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, págs. 88 y Ss.
- (98) J.C. COLLIARD, *Los regímenes parlamentarios contemporáneos*, Barcelona, Blume, 1981.
- (99) Consúltense el estupendo artículo de Dalmacio NEGRO, *Suecia: Estado Social, vía totalitaria*, en Papeles para la libertad, Diario Ya, martes, 12 de Enero de 1988. Sobre la pérdida de la libertad a través del sexo ha escrito el catedrático de psiquiatría Enrique ROJAS, *La liberación sexual*, ABC, 13 de septiembre de 1992.
- (100) Por ejemplo: "Póntelo, pónselo".
- (101) J.F. REVEL, *Comment les Démocraties Finissent*, Paris, B. Grasset, 1983. Esta idea la viene sosteniendo Revel desde hace muchos años. Merece la pena también leer un estudio del Padre Gaston FESSARD, *France, prends garde de perdre ta liberté*, Paris, Coll R.E.S., 1946.
- (102) J.F. REVEL, *Comment les Démocraties Finissent*, op. cit. pág. 49.
- (103) Ya se sabe que a la ciencia socialista no le costó nada demostrar que Dios no existía.
- (104) G. FESSARD, *France prends garde de perdre ton âme*, 1er. cahier clandestin de témoignage chrétien, nov. 1941.
- (105) De nuevo, Tocqueville.
- (106) Dalmacio NEGRO, *La democracia como problema: Tocqueville*, Madrid, Revista Veintiuno, Primavera 1990, núm. 5. Pág. 115.
- (107) A. TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, op. cit. Tomo II, pág. 226.
- (108) No se debería utilizar, como se hace habitualmente, la palabra hijos, porque el Estado del bienestar no es el Estado papá y mamá, es un ente que no admite la réplica.
- (109) A. TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, op. cit. Tomo II, pág. 31.
- (110) Ch. HERNU, *Lettre ouverte à ceux qu'on veut pas savoir*, Paris, Albin Michel, 1987; también, Thierry PFINTER, *Lettre ouverte a la génération Mitterrand qui marche à côté de ses pompes*, Paris, Albin Michel, 1988.
- (111) R.G. SCHWARTZENBERG, *L'état spectacle*, Paris, Flammarion, 1977; también G. DEBORD, *La sociedad del espectáculo*, Madrid, Castellet editor, 1976. Por su parte, J. Baudrillard prefiere hablar más que de la sociedad del espectáculo de la sociedad de la ceremonia, *El otro por sí mismo*, Barcelona, Anagrama, 1986, pág. 86.
- (112) *La era del vacío*, op. cit. capítulo V.
- (113) Parece increíble como la gente es capaz de exponer hasta los recuerdos más íntimos en los medios audiovisuales. Jean CAZENEUVE, *Sociologie de la Radio-Télévision*, Paris, P.U.F. 1962; otro estudio más reciente del mismo autor es, *Les pouvoirs de la télévision*, Paris, Gallimard, 1980; R. ARON, *Signification politique de la radio-télévision*, C.E.R.T. n.15, pág.234 a 237; J. LE DUC, *Au royaume du son et de l'image*, Paris Hachette, 1965; H. ELLIOTT, *Television's impact on american culture*, Michigan University Press, 1956; J. SIEPMAN, *Radio, télévision and society*, Oxford University Press, 1950; J. GADNER, *Polls, television and the new politics*, Chandler, Scrohton, 1970; un libro que estudia las "alusiones reflexivas" tomando las investigaciones literarias de Bajtin y extendido al lenguaje cotidiano es el de O. DUCROT, *Le Dire et le dit*, Paris, Minuit, 2.parte. 1980; J. de SALVAGGIO comp), *The information society: Economic, social and structural issues*, Nueva York, Abbex Pub. C. 1989; D. WOLTON, *Elogio del gran público. Una teoría crítica de la televisión*, Barcelona, Gedisa, 1992, preferentemente la tercera parte, capítulos 5, 6 y 7.
- (114) J. BAUDRILLARD, *L'échange symbolique et la mort*, op. cit.

- (115) A. FINKIELKRAUT, *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 1987, especialmente el capítulo IV.
- (116) H. LEPAGE, *Demain le capitalisme*, ed. Robert Laffont, col. Pluriel, Paris, 1978; P. ROSANVALLON, *La crise de l'Etat Providence*, Paris, Seuil, 1981; Alain MINC, *L'après-crise est commence*, Paris, Gallimard, 1982, Roberto RUFFILLI, *Istituzione. Società. Stato*, v.II, *Nascita e crisi dello stato moderno. Ideologia e istituzione*, ed.

preparada por Maria Serena Piretti, ed. Il Mulino, Bologna, 1990.

- (117) A. AKONN, *L'illusion sociale: essai sur l'individualisme démocratique et son destin*, Paris, P.U.F., 1989.

Pedro Francisco GAGO GUERRERO
Escuela Universitaria de Trabajo Social
Universidad Complutense de Madrid